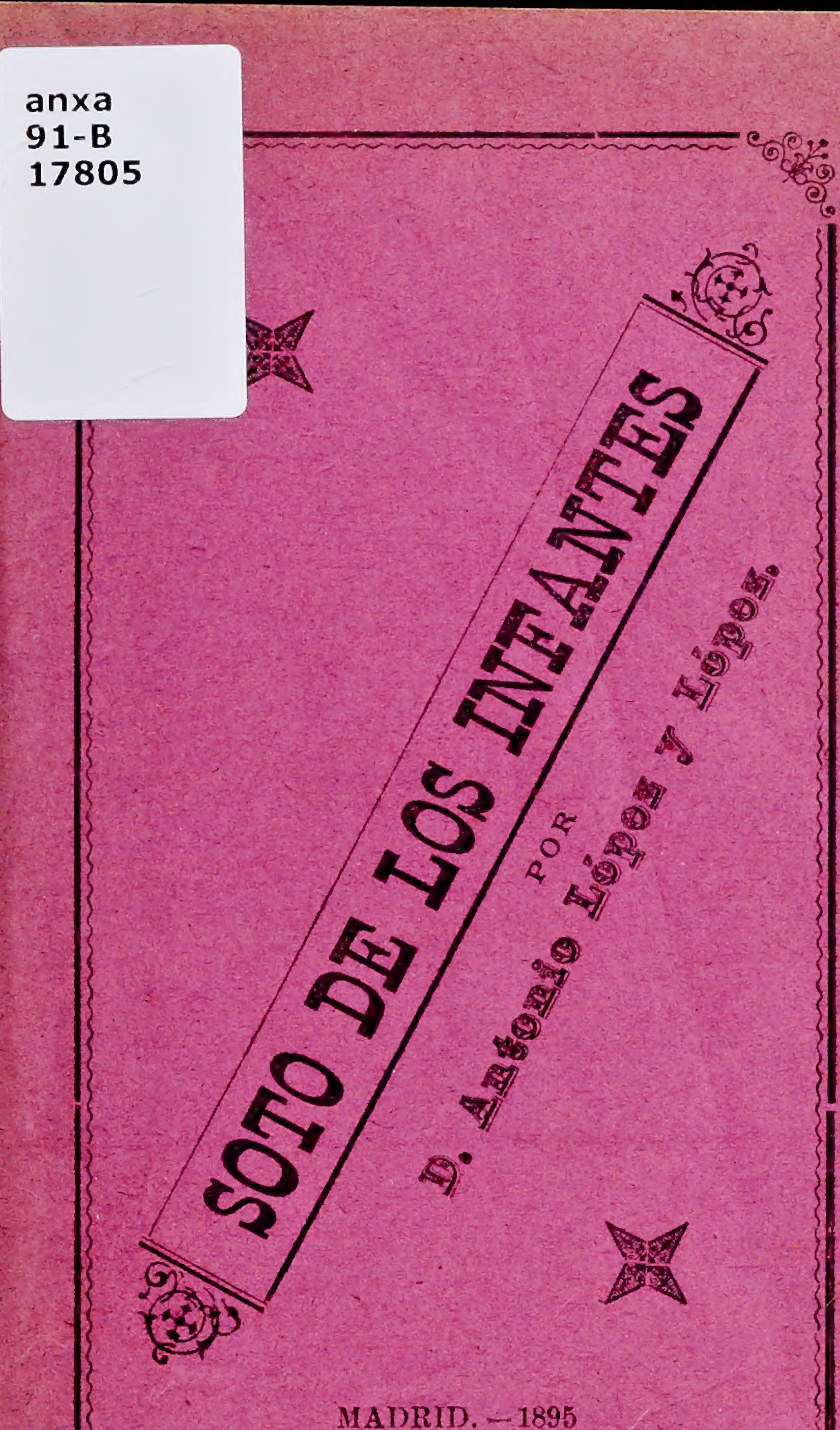
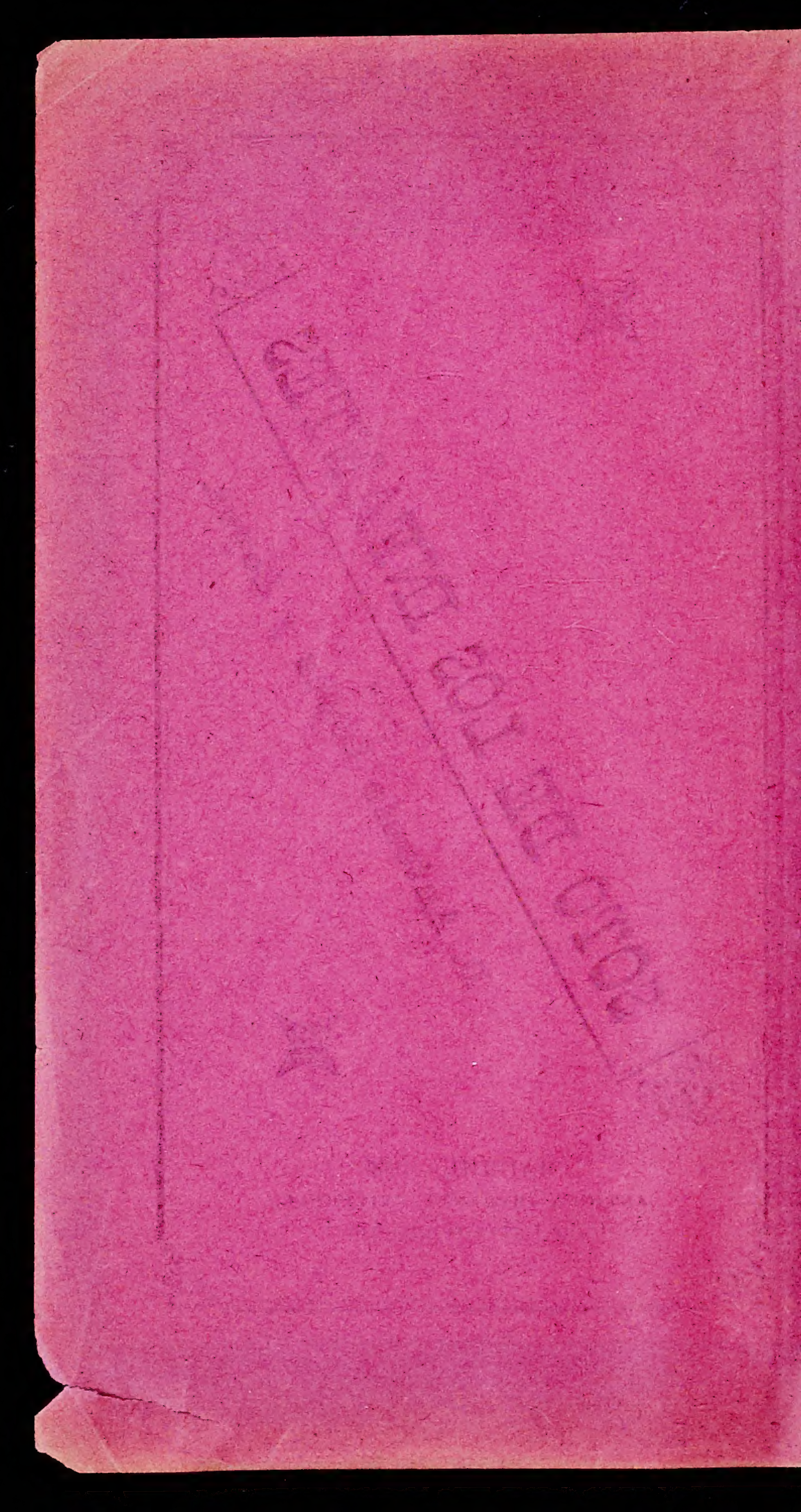


SOTO DE LOS INFANTES

POR

D. Antonio López y López.

MADRID.—1895
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL,
Calle Cabestreros núm. 5.



SOTO DE LOS INFANTES

POR

D. ANTONIO LÓPEZ Y LÓPEZ



MADRID
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL.
Cabestreros, núm. 5.

1895



Dedicado á mi querido amigo

JOSÉ MARTÍNEZ VELASCO

COMO TESTIMONIO SINCERO DE AMISTAD

ANTONIO LÓPEZ



SOTO DE LOS INFANTES

PRÓLOGO

No pretendo paciente lector al escribir estas líneas entusiasmarte; sería inútil sí tratarade hacerlo; mi objeto resultaría seguramente cómico y te recordaría la fábula de la *rana y el buey;* tampoco pretendo mostrarte mi elocuencia ni mi ingenio; pues la lectura de este escrito será argumento sobrado para que te convenzas de que no poseo ninguna de las dos cualidades, pero sí intento hacerte ver las bellezas, no que creo, sino que copio de la realidad; hacerte una ligera descripción de Asturias de ese rinconcito que ningún extranjero pueblo ha llegado á dominar, y cuyos nobles ideales han sido siempre gloria y honra de la pátria española, porque la noble y digna historia de una nación puede reasumirse en estas solas dos palabras: ¡Gloria y honor!

El Autor

Madrid y Noviembre 12, 94.

Si algún hombre de pocas ocupaciones y mucha paciencia, llegase algún día á pasear su mirada por este escrito, sepa, que el amor y la admiración que siempre ha despertado en mí, ese bello país que se llama Asturias, verdadero cuadro vivo, que no puede concebir la imaginación del más notable y apasionado artista, unidos á mi permanente deseo de ocuparme en algo que se parezca á literatura ú oratoria, me han traido la pluma á las manos durante algunas tardes desocupadas y aprovechando esa ocasión he trasladado al papel mis pensamientos, sin otro objeto que inculcar á mis amigos que no hayan visto *la Suiza de España*, alguna ligera noción de ella, distrayendo al propio tiempo mi imaginación en una cosa que siempre me ha gustado.

He visitado y conozco toda Asturias; pero voy á ocuparme preferentemente de una pequeña parte de su bello paisaje, de una pintoresca aldea seguramente desconocida para todos excepción hecha de su pequeño numero de habitantes, y alguno que otro vendedor ambulante de esos que pasan de vez en cuando por los lugures menos conocidos, ofreciendo como mercancías, estampas, telas ú otros géneros de muy escaso valor.

En esta aldea edificó mi padre una cómoda y elegante casa de campo, mi residencia *señorial* la mayor parte de los veranos, motivada por mi particular afección y cariño á dicho

punto tanto por su poesía como por ser cuna de mi difunto abuelo y del autor de mis dias.

No he de comenzar sin embargo por trasladar á mi amable lector á ese rinconcito, á ese pozo sin fondo lleno de poesía, y del cual me contentaría yo con poder sacar una tacita llena para derramarla sobre estas líneas; empezaré antes de llegar, trasladaré mi pluma á ese sitio en que sin ser de Asturias, sin estar dentro de sus límites, se ve ya alguna semejanza y se nota algún parecido, como si la provincia de Oviedo asomase su cabeza por entre las hierbas y matas de León.

II

Pasadas algunas estaciones de este último punto, se empieza á subir esa bella y colosal montaña, que se conoce con el nombre de «puerto Pajares.» Sin temor ninguno de exagerar, voy á llamarle sublime en vez de bello y confieso ingénuamente que así me lo ha parecido á mí las múltiples veces que he pasado, aún antes de poder saber yo, si era bello ó sublime; en mis primeros años, cuando contemplaba entusiasmado su singular panorama puesto de rodillas sobre el almohadón de el coche de primera, con la cabeza apoyada en el cristal. Me figuraba entonces estar viendo reproducidas con sin igual perfección, las bonitas vistas de mi linterna mágica sobre el blanco fondo de una sábana, representada por el nublado cielo; y puedo asegurar que no me

hubiera hecho variar de postura un cañonazo, cuando no me movía la respetable presencia del cesto de la comida, que parecía mirarme con fijeza desde el fondo de la rejilla en que estaba colocado.

Hoy día experimento la misma impresión, pero traducida de otra manera.

La imponente magestad con que un par de soberbias locomotoras, horrorosos mónstruos, escapados de la mansión del saber donde el hombre los ha dado vida, arrastran un largo tren cargado de viajeros, conduciéndoles tan pronto á las tenebrosas entrañas de la tierra á lo largo de obscuros y abovedados túneles, como á los lugares en que Dios al dibujar ese divino paisaje que se llama España, empleó los colores más sublimes, ó á la cumbre de la montaña que presenta á los ojos del viajero un verdadero paraiso, parece tener algo de sobrenatural.

Tan pronto el tren con vertiginosa rapidéz cruza puentes tendidos sobre abismos insondables, en el fondo de los cuales se precipita un ancho y profundo rio en estruendosas cascadas en medio de dos muros naturales de roca viva cortados á pico y que el hombre tiene que perforar para abrirse un camino que la naturaleza le niega; como pasa cual consumado equilibrista por estrechísimos senderos limitados por horrorosos é imponentes precipios, que permiten ver al observador, como estrechos agujeros de reptiles, los túneles que ha pasado ya y que han quedado á su salida vomitando el humo que la máquina ha dejado

dentro, dándoles así la apariencia de colosales cañones recien disparados para cantar las grandezas de su inimitable cureña.

Este es el resultado que obtengo yo ahora al cruzar las escenas que se ván desarrollando á medida que el tren avanza; pero si mi vista pudiera abarcar todo el conjunto, así la cima de los elevados montes, como los pintorescos y encantadores fondos de los valles, el espectáculo que entonces se reproduciría ante mis ojos, sería incomparablemente más bello, más grandioso, y más admirable. La espantosa confusión con que cruzan en distintas direcciones los trenes, á modo de atolondrados mónstruos, ora metiéndose debajo de la tierra, ora apareciendo de nuevo á la vista vomitando llamas y arrojando chorros de hirviente vapor, como ébrios de su poder y su grandeza; las estaciones diseminadas de trecho en trecho, cubiertas de nieve la mayor parte del año, el particular sonido de sus campanas al anunciar la salida de un ferrocarril y el aspecto en fin verdaderamente ártico de la parte más elevada forman un conjunto sublime.

La bajada del puerto, presenta los mismos panoramas invertidos, que á la subida; ya no se vén como en el fondo de un pozo los parajes que hay que atravesar, sino que se vé alto, muy alto, confundiéndose con las nubes, el sitio desde donde hemos contemplado con la boca abierta el hondo abismo sobre que rodamos ahora.

Al terminar la bajada se nota una diferencia grande; la misma belleza sí, pero más alegre,

más sonriente, no con esa imponente seriedad con que la hemos contemplado antes.

Después de algunas estaciones asturianas ya de hecho y de derecho, y en la mayoría de las cuales se nota ese tragín que produce la explotación de la industria minera muy abundante en toda Asturias, se llega á la capital de la provincia.

Apéome en Oviedo pesaroso de terminar tan pronto un viaje tan delicioso, con la cara completamente negra por el carbón de la locomotora, introducido precipitadamente en el vagón por la velocidad de la marcha y penetro en la ciudad escoltado por numeroso batallón de mozos de cuerda, que se disputan la ganancia de llevarme el paraguas la maleta ó el pañuelo de las narices hasta la fonda. Una vez llegado á esta y limpio y aseado, apoyado indolentemente sobre la barandilla de un balcón, distingo á lo lejos una masa negra y mal determinada por la distancia; es el puerto Pajares. Involuntariamente me pongo á pensar en mi viaje y al distinguir la enorme montaña, pareceme que separa dos tierras, dos mundos completamente distintos; no la considero como el bello puerto Pajares sino como una enorme muralla natural que acabo de atravesar, para penetrar en el país de la poesía y la belleza.

Viene á sacarme de mi meditación la sonora campana del hotel que anuncia á los huéspedes la hora de la cena; después de terminar ésta, un paseo nocturno por las más céntricas calles de la población, se encarga de ayudarme á digerir la comida, y de recrear la vista y dis-

traer la imaginación contemplando los escaparates.

III

Oviedo es una bonita ciudad en el verdadero sentido de la palabra; sus modernas y bellas construcciones, las fachadas de mármol de la mayoría de sus edificios, los paseos tirados á cordel, sus magníficos parques y jardines á cuya cabeza figura el campo de San Francisco, y la ventaja que tiene de que sin carecer de vida y animación, no posee ese bullicio, ese ensordecedor ruido, propio de las grandes poblaciones y producidos por la excesiva aglomeración de gente, el rodar continuo de los tranvías y coches y las voces y pitos de los conductores, le colocan en la categoría de las capitales modestas, pero cómodas, elegantes y nuevas.

Desde la capital de Asturias, antes de ir al pueblo protagonista de mi narración, voy á conducir á mi bueno y paciente lector á la magnífica y grandiosa fábrica de Trubia, la mejor fundición de cañones de España y tal vez de Europa.

IV

Trubia se presenta á los ojos del observador como una de esas fantásticas decoraciones con que termina la representación de algunas obras teatrales; es un montón de casas puestas sobre un suelo sucio, sin colocación ni orden de ningún género, negras, completamente ennegrecidas por los torbellinos de humo que

atropellada y precipitadamente se escapan por las altas chimeneas de la fábrica portentosa, que convierte las informes masas de hierro en poderosas piezas de artillería. El rio es sucio, muy sucio, como no puede menos de serlo después de prestar su importante y necesario concurso para la fundición. Pequeñas aberturas practicadas en la parte inferior de uno de los costados del edificio que pasan rozando las aguas, vierten las ya aprevechadas sucias y negras que ván á mezclarse con el resto de la corriente.

Penetremos en la fábrica, acompañados del Sr. Sotomayor digno y celoso director de ella.

Saluda siempre al visitador ese confuso laberinto de sonidos propios de las grandes industrias: silvidos de las máquinas, martillazos, el violento roce de fuertes correas que mueven enormes y poderosos volantes; todo ese laberinto en fin que requiere la transformación del hierro en acero, y del acero en poderosas armas que defiendan en caso necesario los intereses y derechos de los pueblos.

Grandes, muy grandes y numerosas son las maravillas que encierra esta fábrica, y tarea larga y difícil, sino imposible sería enumerarlas todas: la poderosa máquina de tornear cañones debida al ingenio del director de la fábrica; el colosal martillo movido por ese poderoso agente que se llama vapor, cuya función hace oscilar y estremecerse las edificaciones, aparatos y mecanismos que cortan y trabajan el acero con la facilidad que se modifica un corcho; extensos hornos que ponen los

recintos á elevadísimas temperaturas, y cuyas rojas llamas recuerdan la excursión del Dante á los infiernos; verdaderas cascadas de hirviente y derretido metal, desproporcionados proyectiles, portadores del espanto y la desolación al hogar del enemigo; colosales cañones que alimentados por quintales de pólvora vomitan torrentes de fuego y metralla. ¡Oh humano saber! ¡Crees no tener límites al contemplar allí la grandeza y el poder, personificados como producto de tus creaciones! ¡y sin embargo cuan equivocado estás!

Cuando acalorados y encendidos por la excesiva temperatura de los hornos, y completamente rendidos de tanto caminar por aquellos palacios del saber, nos disponemos á abandonar sus régias y sólidas estancias, nuevas sorpresas nos aguardan en la parte exterior; allí están las enormes máquinas para trasportar las piezas de artillería, gigantestas haches apoyadas en ocho ruedas, que se deslizan á lo largo de cuatro rails; el túnel lleno de arena, en frente del cual los cañones hacen sus disparos, introduciendo su proyectil, para que con exactitud matemática calcule el perito su alcance; y contrastando con todo esto, bonitos bosques, jardínes y prados sembrados de las más bellas flores.

V

Visitada ya, mejor dicho, descrita á grandes rasgos la fábrica de Trubia, regresemos á Oviedo para marchar á Soto, nuestro principal fin.

A las seis de la mañana, el cascabeleo y ale-

gre trote de los caballos, nos anuncia la llegada del coche en que debemos partir.

Emprendida la marcha por cómoda y bien construida carretera, no se hace alto hasta las doce del día, en una pintoresca aldea llamada Grao, conjunto y lindo ramillete de bellos hoteles, en que acaudalados americanos, atraidos por los encantos del paisaje, han fijado su residencia. Un lijero almuerzo pone término á la parada, y el coche vuelve á emprender el interrumpido camino. De vez en cuando el chirrido agudo y penetrante del carro asturiano llega á nuestros oidos, y en más de una ocasión ha hecho exclamar á algunos de mis acompañantes en medio de la más infantil alegría ¡la gaita! ¡la gaita!

A las seis de la tarde se hace punto final á la marcha en carruaje, en Godán, aldea que no describo, por no tener absolutamente nada de particular. Las caballerías esperan allí y es preciso montar y encomendarse á todos santos, para emprender la bajada de la cuesta que más tiene de vertical que de inclinada y que ha de conducirnos á mi propiedad; el camino es malo, muy malo pésimo, pero no por eso deja de tener poesia... aunque con bastantes ripios, que por su excesiva longitud se enganchan en la ropa y la rasgan si no se tiene cuidado; me refiero á las zarzas. Es acto verdaderamente heróico bajar todo el camino á caballo, y creo inútil por esa causa, añadir, que primero llevan los caballos á los ginetes y después estos á los otros aunque no sea más que de la brida.

Al cuarto de hora de marcha, se divisa muy honda todavía, entre las bases de cuatro elevadisimas montañas, la aldea, pobre y humilde, como una obra de arte en el fondo de su estuche, y en medio entre las copudas ramas de ios árboles, una casa cuadrangular, más grande que las demás, sin ningún saliente en su fachada, blanca, perfectamente blanca... un enorme dado rodado de lo alto de una de las cuatro montañas y que pongo á disposición de mi lector amigo; al que haya leido los cuentos árabes, al contemplar el panorama le recordaría la imaginación el palacio encantado en el cuento de los pescados fritos.

Vayamos avanzando poco á poco hacía el fondo á fin de poder admirar á nuestro antojo las bellezas de que se halla sembrado, el camino que recorremos.

Perdone mi lector una inverosimilitud que voy á cometer, con objeto de hacer más palpable y grandiosa la belleza; voy á reemplazar el día por la noche y á colocar en el lugar que antes ocupaba el sol, la luna, necesitamos su luz; es más poética; más bella: sustituye el fulgor é incomparable destello del primero, por un torrente de poesía y magestad, que cuando ilumina un cuadro sublime cual es el que vamos á comtemplar desborda la imaginación del hombre para hacerle creer que es un ser mucho más perfecto, que tiene más poder que el que Dios le ha dado, para entusiasmarle, en una palabra.

Aún dentro de los límites de esto, que no puede llamarse nada, notará mi lector, párra-

fos en que predomina más la imaginación y el delirio, y es que yo, necesito para poder expresar, alguna sombra de lo que siento alimentar mi imaginación, con aventuras imaginarias, con espectáculos nuevos con la contemplación de la belleza con todo lo que se aparte de lo ordinario; cuando esto no ocurre no puedo traspasar los límites de la trivialidad, y mi cabeza no puede discurrir, privada del entusiasmo, que con tanta facilidad adquiere, y bajo la presión enorme que en mí ejerce la tristeza. Sí, sépase, porque yo lo deseo, que lo que á mí me sostiene es la variedad los nobles afectos, la amistad y todo lo extraordinario; viajar, contemplar nuevos mundos y nuevas bellezas... lo confieso con la ingenuidad de un niño de cinco años y tal vez se ría mi lector pero sin esto yo sería intratable, sería un enterrado en vida.

Insensiblemente me he apartado de mi objeto; decía, que el astro de la noche nos prestaría su luz para poder poseernos mejor de la belleza del cuadro que íbamos á contemplar; hele aquí: enfrente de nosotros se levanta imponente y sombrio el colosal muro, que ha formado parte en la edad media de suntuoso y extenso palacio: el espectáculo que se ofrece á la vista, es un cuadro vivo, la decoración del castillo en la Bruja; es su copia exacta, pero una copia que supera mucho al original, es un cuadro cuyos sublimes colores han sido combinados por el autor de todo lo creado; cuyo límite es el cielo bajo cuya bóveda está encerrado como en enorme fanal; allí desta-

cando su sombría y magestuosa existencia sobre el azul del cielo, se eleva el muro de piedra viva, cubierto y abrazado por la hiedra que en estrecha red le abraza como temerosa de que los elementos destruyan joya tan preciada, ostentando en su parte central el hueco ancho y abovedado de una puerta.

Asegura la tradición que dos infantes de Castilla se encontraron en una selva solitaria con las hijas del Cid y guiados por un instinto perverso espoliaron á estas, poniéndose después en precipitada fuga; acobardados después de su misma cobardía, y temerosos del castigo que por su acción había de imponérseles, determinaron vivir apartados y solitarios donde no pudieran penetrar las investigadoras miradas de la justicia. Después de mucho buscar encontraron en terreno asturiano, un frondoso valle completamente solitario limitado por cuatro montañas; atraidos por la belleza del paisaje é invitados por lo apartado y solitario que este se hallaba, fijaron en él su residencia edificando al efecto un magnífico palacio.

El pueblo asentado posteriormente en tan pintoresco Soto, que había sido habitado por infantes, lleva el nombre de Soto de los Infantes. Al soberbio edificio antes referido, pertenece ó perteneció, mejor dicho, el muro que tan poéticamente hemos contemplado y los cimientos aún se conservan en bastante buen estado.

Continuando la marcha, nada nuevo se observa, frondosos prados á los lados del cami-

no, espesos y verdes bosques de castaños y alguna que otra casa, que cual oveja separada del rebaño, anuncia ya la entrada en el pueblo. Voy á describirle en conjunto y muy á la ligera, para que pueda formarse un conocimiento colectivo necesario para la buena comprensión.

VI

Está situado como anteriormente he dicho, entre cuatro elevadísimas montañas, de constitución esencialmente mineralógica. Paralelo á la que se vé enfrente, y separado por no muy ancha zona de pintorescos bosques, corre con impetuosidad el río Narcea; más próximo aún al punto desde donde contemplamos el valle, estrecha faja de tierras cultivadas, y después el pueblo separado de la montaña á cuya falda nos encontramos por bosques y prados. El pueblo es muy sucio como suelen serlo todos los del Noroeste de España.

Las casas más bien que edificadas parecen haber sido tiradas y esparcidas, tal es el desorden en que se encuentran. La cal y la madera son sus principales elementos constituyentes.

Suelen constar estas pobres viviendas de dos pisos á lo más: planta baja donde tienen albergue los animales domésticos, cerdos, gallinas y vacas, cuyos establos reciben el particular nombre de cortes; pero todo muy sucio y muy descuidado: el piso superior está dividido generalmente en cocina y habitaciones

para dormir. Respecto á los hórreos y paneras ¿Quién no las ha visto? ¿Quién no sabe dar razón de esos depósitos de granos y comestibles en general, sostenidos por cuatro patas que en Asturias reciben el nombre de pegollos?

En una palabra, el pueblo es feo sucio y sin ningún atractivo, pero traspasando el límite de las casas ¡qué diferencia! y aún sin salir: las mujeres asturianas, las gallegas como burlonamente las llaman algunos, que carecen de sentido práctico, para la percepción de la belleza y la poesía, fundados en el trivial dicho de *gallegos y asturianos primos hermanos*, las mujeres asturianas repito, y las gallegas añado ahora, tienen una belleza y una gracia muy propia y particular que puede dar ciento y raya á todo el salero de una andaluza... y superarle... pero no se entusiasmen gallegas ni asturianas, que si la que es guapa reune esas condiciones, la que es fea lo es en una nota más alta que el *do* de pecho.

Caminando por los poco menos que intransitables caminos, llenos de fango (y digo esto porque no hay allí ni un insignificante trozo que merezca el nombre de calle) se llega á la plaza del pueblo, algo más vistosa que el resto de este, merced á nuestros cuidados... ¡pero he dicho plaza del pueblo! nada de eso; me he equivocado; no hay semejante plaza: es un trozo de terreno presentando la desnuda tierra en una extensión de unos 30 metros cuadrados, en cuyo frente mirando hacia la entrada de la aldea y protegida por una no muy

ancha acera, se levanta blanca como la nieve mi posesión con su correspondiente jardín huerta.

Consta de tres pisos: planta baja, compuesta de las bodegas, cortes (de vacas, como antes dejo apuntado, no constituyentes) hornos, etc. El piso superior está destinado á los labradores y servidumbre de la casa, y el último, á mi lector y á mi.

Creo á mi parecer con bastante fundamento, que el medio mejor de que mi lector se forme idea algo aproximada de los alrededores de mi residencia, donde tantas bellezas se admiran, es que vaya acompañándome en mis ideales escursiones como Virgilio acompañaba al Dante.

Pero me parece muy oportuno ponerles antes en conocimiento, aunque muy á la ligera, de las costumbres, hábitos y género de vida de sus habitantes.

El asturiano vive única y exclusivamente del trabajo y para el trabajo. Apenas los primeros rayos ó albores del sol disipan la nocturna obscuridad, ya en los caminos se encuentran los hombres que ván al trabajo, cargados con los instrumentos de la labor y entonando las alegres y particulares canciones del país.

Cuando los hombres ván, según frase de su tecnicismo agrícola «á la hierba» á «sallar maíz» ó á otras ocupaciones perentorias y urgentes para ellos, entonces, cuando la tierra ha dado media vuelta sobre su eje, la muyerina que ha quedado en casa, lleva la comida

á la gente en una *pasia* (1) que apoyada en la *corra* (2) porta graciosamente sobre la cabeza: el refasio amarelo, las calcetas blancas, y el clásico pañuelo cruzado sobre el pecho y dejando caer la punta hacia la espalda, son prendas indispensables en toda asturiana, y forman en ella un conjunto tan singularísimo y original que no puede conceptuarse más que viéndolo.

Por la noche cuando ya la obscuridad es completa y el más imponente silencio reina en todas partes, en los días húmedos y lluviosos, óyese primero lejos y después más cerca, el monótono y peculiar sonido que producen las duras *madreñas* al chocar contra las piedras del camino; es el trabajador que después de haber cumplido el precepto: «ganarás el pan con el sudor de tu frente» se retira á descansar, alimentado por el sustancioso pote.

Los días de fiesta ya es otra cosa; algo entrada la mañana, el vecindario se dispone á cumplir el primer mandamiento de la iglesia; los hombres, arreglados con sus mejores y más limpios vestidos, y la camisa aspirante á planchada; y las mujeres lo mismo; después de haber empleado larguísimo rato en aviarse; porque si mi lector lo ignoraba, sepa que la mujer asturiana emplea tres horas en ponerse *mal* el pañuelo.

Terminada la misa, dirígense á casa para con el trabajo de la mujer, los consejos del

(1) Cesta.

(2) Grueso círculo de paño ó hierba, que sirve para dar mayor base de sustentación á los objetos que se colocan sobre la cabeza.

hombre y las impertinencias y adicciones de los chiquillos, obtener una pota de arróz con leche más ó menos limpio, que se empalma con la comida en las grandes festividades.

Hecha ya la digestión del alimento, reúnense en la plaza mozos y mozas y dá principio el baile al son de la gaita.

Es un espectáculo poético por excelencia que entusiasma y deleita notablemente, el que presenta el baile ya entrada la noche: allí á la pálida y mortecina luz de un candil colgado de una reja, se distingue confusamente el baile, que por su monotonía y pesadéz se asemeja á algunas danzas salvajes: cuando la gaita no entretiene el oido con sus agudas y penetrantes notas, el espectáculo es aún más bello: las mujeres entonan los cánticos del país, y aquél conjunto de voces entonando aquellos cánticos candenciosos en extremo, y salidas del grupo del baile que como una sombra se destaca de la negrura de la nóche, parece algo fantástico, acabando de completar este efecto, el enérgico y prolongado ji... ju... ju... ju con que terminan todos sus cánticos y que tanto llama la atención de los extraños, pero que encierra mucha historia, mejor dicho que es un recuerdo digno de ser conservado por aquellos nobles y leales campesinos, ese grito es (y óiganlo bien los que sacan partido para mofarse de sus semejantes de aquellas cosas que no comprenden) ese grito, es el antiguo grito de guerra que empleaban los guerreros para excitar á los suyos al combate.

A las nueve lo más tarde disuélvese la fies-

ta, porque los danzantes necesitan reposo para continuar al siguente día las rudas faenas del cultivo y encontrarlos en los caminos cuando ván al trabajo cargados con los instrumentos de la labor y entonando las alegres y particulares canciones del país.

VII

Hora es ya de poner en práctica nuestras proyectadas excursiones; voy á conducir á mi lector á un caserío próximo llamado la Veiga, no con objeto de admirar y contemplar sus bellezas sino las del camino.

Fuera ya del pueblo y pasado el primer molino de este, asentado sobre fértil y verde pradera, comienza la subida de una cuesta no muy empinada: en su origen, hállase limitada por extensa zona de altísimos y verdes maizales que producen alimentados por los jugos de aquella fértil vega, el más esencial alimento de los aldeanos, y por el río que en aquella parte tendrá un ancho medio de veinte metros. Continuando la ascensión, ó comenzándola mejor dicho, los maices ván disminuyendo progresivamente para ser reemplazados por la viva peña, y el río vá ganando en anchura y profundidad. Caminemos buen rato... media hora y llegaremos á la cumbre de la cuesta... ya estamos.

Imposible imaginar espectáculo más conmovedor y bello que el que allí nos presenta la naturaleza. Imagínese el lector un ángulo diedro de 110.º cuyas caras vayan teniendo más

altura á medida que se aproximen al vértice ó extremo superior de su arista; en la punta de esta nos encontramos; á la derecha, una cara cuyo límite superior es la cuesta que hemos subido, y á la izquierda otra cuesta ter, minando la otra cara. Y qué bien pega aquí esta leccioncita de geometría ¿verdad lector?

Pero no nos apartemos de nuestro objeto. Dejando resbalar la vista á lo largo de la recta común de las dos caras, un espantoso precipicio al borde del cual nos encontramos, se presenta á nuestra vista: estamos sobre una masa de roca viva cuya base á más de treinta piés de profundidad, se pierde en el río que allí se presenta imponente y magestuoso; su agua enteramente negra por la excesiva profundidad y contorneada por amarillenta y sucia espuma, lame como acariciando con esa pausa y quietud tan sublimes, la roca... pero... no puedo.

... Yo veo allí aquella grandeza, aquella sublimidad natural; inmensas profundidades, negros abismos, y por encima de las imponentes aguas revolotear bellas mariposítas, y no puedo, no me es posible retratar como yo desearía tan incomparable cuadro para que mi lector lo vea; pero paciencia, ¡es tan limitada la inteligencia humana!

Continuemos por el sendero que á nuestra izquierda nos abre paso. Espesas zarzas y mil variados arbustos cuajados de flores silvestres, contornean el camino. Multitud de mariposas de encantadores reflejos revolotean por el aire. Caminando buen trecho siempre al lado

del río que por aquel lugar es no muy profundo aunque bastante ancho, se llega á un sitio que nosotros pudiéramos llamar país de las minas y que los asturianos llaman Escobio.

Tres anchas bocas de minas, cuyas galerías se pierden en la negrura de las profundidades, se presentan al caminante como anchas heridas que el hombre practica para extraer las riquezas que la tierra guarda en su seno.

Por delante de ellas y á modo de riquísima alfombra, abundante arenal salpicado de estrellitas brillantes formadas por infinidad de partículas de pirita de cobre, parece ser espejo donde se mira el estrellado firmamento. Después, continuando el paisaje, estrecha carretera separada del río por altísimos árboles nos conduce al pueblo, al caserío mejor dicho, situado tambien entre montañas, cuyo paisaje como anteriormente he dicho, nada de particular ofrece.

Y así como cuando un ébrio es conducido al castigo que su culpa merece, no hace más que interrumpir la marcha para protestar de su detención, así yo tambien mientras camino al término de este escrito, embriagado tambien por bellezas que no puedo describir, vuelvo la cabeza para protestar del molde á que tengo que ajustarme, sí; el carácter puramente descriptivo, me impide decir lo que yo quiero, porque convertiría estas hojas en una composición ¿lírica? y plantifico la interrogación porque aún expresando solamente mi estado interior, esto no merecería semejante nombre.

De regreso á Soto, descanse mi lector si fa-

tigado está de esta caminata, que voy á conducirle por el camino opuesto á la contemplación de nuevas y no menos sorprendentes bellezas.

Un camino vecinal muy estrecho, limitado por verdes prados que en plano inclinado llegan hasta la cumbre de la montaña á la derecha; y á la izquierda por la más bella parte del río, tenemos que recorrer... pero es inútil: siento y comprendo que no puedo escribir lo que mi imaginación concibe; mi pluma se acobarda ante la enorme diferencia, entre lo que pienso y lo que expreso, y no se atreve á fijar mis ideas en el papel. Tenga esto en cuenta mi lector.

De trecho en trecho se distingue alguno que otro segador cortando con la afilada güadaña la hierba que ha de alimentar á sus *vaquiñas* y que colocada en el enorme pasio, llevan los hombres tan artisticamente sobre los hombros.

Reproduciéndose siempre los mismos panoramas, llegamos á la *Peña;* al sitio poético por excelencia, al punto más bello que la imaginación ardiente y fecunda de un árabe puede concebir. Seguimos en este instante un camino, practicado en la parte media de una no muy alta montaña, cuyo único elemento constitutivo, es la piedra viva, que á nuestra derecha y por ancho surco vertical que la naturaleza ha formado, deja resbalar impetuoso, precipitado torrente, que desde la cumbre del peñasco se arroja furioso al río, pasando por debajo de nuestros piés para estrellarse con-

tra las rocas altas y elevadas que en aquél sitio sirven de muro á hondo y negro pozo que forman las aguas del Narcea.

No, no es posible que yo haga comprender á mi lector la grandeza que aquél cuadro encierra; solamente puede comprenderse, viendo allí el agua saltar furiosa azotando las peñas enclavadas en el centro del río, como si quisiera arrancar un obstáculo que á su corriente se opone; viendo aquella enorme cascada asociarse al río con espantosa soberbia, como para acrecentar su poder, y allí al lado, brotando entre el verde musgo que en la roca se ha formado, la humilde fuente de la Peña: ¡Contraste sublime que obliga al hombre á caer postrado, reconociendo su pequeñéz al lado de las grandezas que Dios crea como para decirle: «Tú que tan poderoso te crees, contempla mis obras!»

Y debo advertir, que no solamente es poesía lo que el Narcea encierra en sus aguas, sino tambien utilidad; su abundante pesca, constituye el alimento de más de dos familias pobres que no encontrarían otro medio de subsistencia.

Al poco trecho de la peña, comiénzase á subir una cuesta que termina en excelente observatorio; maravilloso es en efecto y sorprendente á la par que variado el panorama que desde aquél alto se contempla; limitado por el cielo y las montañas, bonito conjunto de verdes prados, rústicas cabañas, rebaños, bosques, multitud de bellezas, en fin que asociados caprichosamente por la naturaleza forman

un conjunto singular. El descenso de este elevado punto es la continuación del camino, que después de atravesar multitud de praderas y poéticas selvas de castaños termina en otro aún más bello rinconcito, residencia de un acandalado labrador y tres lindas mozas como dicen por allá; hijas suyas que viven solas en aquella inmensidad de espacio, rodeados de un mundo de bellezas. (1)

VIII

Con objeto de no ser molesto ni fatigar á los lectores que hayan tenido la paciencia de llegar hasta aquí, antes de emprender nuevas excursiones, voy á narrarles como entremés, á vuela pluma, la gran festividad, la fiesta por excelencia que yo he presenciado allí: San Antonio de Pádua, mi santo que no le celebran precisamente el día 13 de Junio, sino el primer Domingo de Septiembre.

Después de la misa, aderezada con enormes cohetes que al estallar hacen caer el polvo del techo vegetal de la Iglesia sobre los no muy devotos fieles, dejándoles el vestido del color símbolo de la pureza; y conmiscuada con buen contingente de cantores, ejemplo y modelo de pulmones que dicho sea de paso no vendrían mal á algunos de nuestros diputados, ya que en el desacuerdo y desafinación corren parejas, retírase la gente á comer; enseguida afluyen multitud de vendedores de los pueblos

---

(1) No he querido pasar este punto por alto, aunque verdaderamente á mi lector nada le importará.

comarcanos expendedores de bollos y dulces que podrían comprenderse en el nueve de la escala de Mohos, avellanas tostadas (y sin tostar) y otros artículos semejantes.

Las jóvenes que obedeciendo á su carácter distintivo, han buscado en el fondo de su baul el pañuelo mejor y han acabado por adornarse con el más feo, acuden á la que he dado en llamar plaza del pueblo, donde con el indispensable concurso de voladores, vino y chanzas, procédese á la puja de un becerro engalanado con primoroso collar de colorines. El penetrante y chillón sonido de la gaita, anuncia el término de la ceremonia y el comienzo del baile, que se prolonga hasta que las extremidades inferiores se niegan á sostener á los entusiasmados bailarines. Y al día siguiente, la misma quietud, la misma constancia para el trabajo: la fiesta ya pasó; como una de esas horas de felicidad que tiene el alma, para quedar después sumida en la tristeza.

En la imaginaria excursión que voy á realizar, conduciré á mi lector á la orilla opuesta del río, que aún no hemos pasado. Para ello es necesario el auxilio de la *chalana* ó barca, que sirve indistintamente para el transporte de carros, animales y personas triple utilidad, que aunque mi lector se ría, no tienen las que sirven para una sola cosa. Un solo hombre colocado en su parte posterior y con un largo palo que apoya en el fondo del río, es el que oficia de piloto, motor y capitán á un mismo tiempo.

Si caminamos hacia la derecha recrean la

vista bellos bosques, pintorescas cabañas, asentadas sobre la verde alfombra y protegidas de los rayos solares por verdes moreras... pero mi lector no podrá de seguro identificarse con la belleza que yo tan mal le describo y no podrá por tanto comprenderla si no ha visto Asturias: no, no es posible; al pasar estas líneas á formar parte de sus ideas evocarán el recuerdo de alguno de los más singulares paisajes que haya contemplado, análogos al que describo, y el concepto no será perfecto, no; Asturias supera en belleza al resto de la península, sus bellas vegas y campiñas, poseen una belleza más poética, más seria, que impresiona más en una palabra. Perdonen mis lectores esta rápida digresión motivada por mi permanente deseo de que comprendan como yo siento lo que no puedo escribir por falta de palabras y de elocuencia. Es un nuevo exfuerzo de la fiera para romper la jaula en que se halla encerrada; la jaula del poema descriptivo.

Caminemos por la izquierda: inimitable selva de castaños altos y frondosos, atravesamos por estrecha senda de impalpable arena; el resto del piso está tapizado por pequeñas hierbas, semejantes al musgo, que no me permiten definir mis escasos conocimientos de aquella flora.

Al terminar este pintoresco sitio se nos presenta un nuevo cuadro que nos muestra palpable y evidente el carácter trabajador y utilitario de los asturianos. Allí á donde existía el cauce de una antigua bifurcación del río

han intentado trasladarle totalmente, oponiendo un obstáculo á una corriente de veinte metros de latitud y uno y medio de profundidad, por término medio, intento vano, que no sorprenderá al lector cuando sepa que en mi posesión, en mi casa situada á quince metros de distancia del río, y á uno y medio sobre su nivel normal, ha alcanzado el agua la altura de una cuarta, en algunas crecidas, dejando completamente anegadas las fincas comprendidas entre ella y la corriente y arrastrando útiles y ganado.

A continuación tiene su origen el camino que vamos á seguir, semejante al anterior y que nos deja en otro, practicado en la peña viva, que forma el flanco de elevadísima montaña; allí no solamente abundan, los réptiles de multitud de géneros y especies, sino que abajo en la arena de la orilla, las nutrias juegan, y forman las viviendas de sus pequeñuelos: Objeto importante de comercio podrían constituir estas, si el carácter asturiano (al menos el particular de los habitantes de Soto) especialísimo y original de suyo, no las considera como *bichos* que para nada sirven. Y á propósito de los referidos animalitos; no quiero pasar más adelante sin hacer constar la enorme fuerza que en la dentadura poseen. Como prueba de ello, bastárame decir que conservo en mi poder una escopeta y azada en cuyos respectivo cañón y hoja están señalados los dientes de dos de estos mamíferos que mordieron ambos instrumentos.

Caminando otro trecho no muy largo termi-

namos nuestra excursión en amplio arenal que limitado por el rio se pierde en extenso y poblado bosque.

IX

Infinidad de paseos y caminatas, pudiéramos emprender, que nos condujeran á admirar bellezas semejantesá las ya descritas; pero ¿para qué, repetir cien y cien veces lo mismo? ¿para qué contemplar los mismos encantos en cuya admiración, pudiéramos llegar hasta el infinito? sea pues nuestra última excursión, la visita de una capilla, mejor dicho, de sus ruinas, que entre frondoso ramillete de árboles, allá muy alta, presentan desde la aldea ideal aspecto.

Si molesto é incómodo es el camino que al alto nos conduce, (aunque no por eso deja de ser bello) compensado en demasía, se halla este inconveniente, por el verdadero paraiso en que termina; el pueblo allá... muy hondo, los rebaños aún muy altos, la indefinida extensión de verdura que abarca nuestra vista y las ruinas del en otro tiempo sagrado recinto, alzándose colmadas de poesía, en medio de los más bellos y caprichosos contrastes de la naturaleza, esta colección infinita de bellezas es la que recrea nuestra vista, y entusiasma nuestro espíritu, dejándole en ese estado, en que reconociendo su inferioridad, se cree trasportado á esferas muy superiores á lo natural y ordinario, y embriagándose por decirlo así en la contemplación de las sublimidades, se

juzga capáz para producir obras inmortales, merced á que el génio se desarrolla instantáneamente con tan nutritivo alimento.

Pero dejando á un lado consideraciones inútiles, que todo el mundo comprende, abandonemos el santuario para descender por otro camino diferente, sin otro objeto, que visitar la iglesia principal del pueblo. Se reduce á una edificación, cuyo único mèrito, depende de su antigüedad. Su aspecto exterior no es ya susceptible de mayor sencilléz, su fachada blanca es perfectamente lisa escepción hecha de una fila de indescifrables pequeñas esculturas que se observa á bastante altura paralela al tejado. El interior parece recordar algo de las catacumbas romanas, el suelo constituido por la dura tierra, las paredes viejas y ennegrecidas y la carencia de luz la dán un tinte lúgubre y triste. Pero olvidábamos la puerta, que en realidad es lo más notable por su gran tamaño y su vieja madera cuajada de clavos en la que aún se conserva, un poco menos que ilegible rótulo que dice: «casa de asilo» mi lector sabrá seguramente sabrá lo que esto significaba en la antigüedad, y será ocioso por tanto insistir en ello.

Doy por tanto fin á mis excursiones y hago notar á mi lector que considerando á Asturias, por el prisma de la ciencia, ya que aunque mal su paisage queda descrito, pudiera llenar tal vez algunas cuartillas de nombres ilustres que bastarían por sí solos para ser honra y orgullo de un pueblo, sí, honra y orgullo de un pueblo pudieran ser, los nombres que yo pu-

diera citar entre Pelayo y el P. Ceferino González, como riquísimas piedras finas que se engastan en el vestido de la ciencia.

. . . .

. . . .

El carácter familiar por decirlo así de esta descripción, mal pensada y mal escrita, que solo han de leer mis amigos, motiva y ocasiona ciertos párrafos que tal vez mi lector habrá encontrado algo mucho expresantes (y no encuentro otra frase) de mi estado interior. Pero dejemos á un lado imperfecciones, faltas y disparates: yo guiado por mi afición á la literatura he redactado estas memorias, estos ecos, imágenes de los bellos paisajes asturianos que jamás se borrarán de mi imaginación; me han parecido muy bien al empezarlas, y ahora que las he acabado me parecen escritas de una manera péxima, y si cometo el delito (por que este nombre merece) de llevarlas á la imprenta, es por que, ya que no contengan ninguna belleza literaria serán al fin y al cabo una descripción, una fotografía mal sacada, de los prodigios naturales, causa de este desatino, que aquí termina y concluye, implorando la piedad é indulgencia del que esto lea, mezcla rara de elementos líricos bellezas naturales y disparates y á fé mía que con tan sabroso condimento habrá resultado excelente la tortilla.

